

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassl.—A la luna, poesía, por S. A. de Dios.—Paulina Rubens, novela, por E. B.—El invierno, poesía por Abelardo García Montalvan.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

(Continuacion.)

Oh, Julia, Julia mia, cuánto me reí de ella al verla por primera vez con su gorra blanca, sus antiparras verdes y su escuálida figura! Tiene razon: el amor reside en el alma, y solo puede brotar del alma! Me parece que voy á quererla mucho, tanto como á mi madre.

X.

Lo primero que hallé al despertar á la ma-

ñana siguiente fué la bondadosa sonrisa de la abuela.

—Te traia la cabrita, me dijo con dulce tono; mira que linda es!

En efecto era tan chiquitita que parecia un copo de nieve, surcado de algunas manchas negras. Siempre me habian gustado mucho las cabras por su aspecto inocente, pero ninguna tenia las formas graciosas de aquella, ni sus ojillos dulces y penetrantes.

Salté del lecho, me vestí apresuradamente, y la cogí entre mis brazos llenándola de caricias.

—El rebaño todavia no ha salido, dijo la abuela, ¿quieres que vayamos á buscarla alguna piadosa madre que la dé alimento?

Bajamos á la huerta, pues era preciso atravesarla para ir al establo. La mañana estaba deliciosa: cantaban los pájaros, murmuraban las fuenteillas, cielos y tierra parecian vestidos de fiesta, y el sol naciente dejaba escapar sus primeros rayos, que se deslizaban aquí y allí, llenando de rubies los sotos, convirtiendo en brillantes los charcos de agua, ó pen-

trando por entre las hojas, y dibujando en el suelo un inmenso tablero de damas, formado con los alternados cuadritos de luz y sombra, y en cada uno de estos rayos se agitaba un mundo de insectos zumbadores, y cada uno de estos rayos llevaba consigo à todas partes la vida y la alegría!...

Al llegar à la mitad de la huerta di un grito. Cual si las hadas se hubiesen encargado de realizar mi sueño de la víspera, en el mismo sitio én que yo le habia ideado, se veia un jardincito, rodeado de una empalizada formada de mimbres y cubierta de hojarasca. Es verdad que las flores no brotaban del suelo, sino de las macetas colocadas allí en muy buen orden; pero por esto no ostentaban menos sus bellísimos colores, ni embelesaban menos el aire con su suavísimo perfume.

Como podré esplicarte mi asombro y mi alegría!

El buen Antonio estaba allí, contemplándome con aire satisfecho. Mis miradas pasaron de él à la abuela; tambien ella parecia gozar mucho con mi sorpresa.

—Ah! cuán buena es usted! exclamé besándole la mano.

—Di mas bien, cuán bueno es el pobre Antonio, me respondió con su acostumbrada modestia; pues ha velado toda la noche para realizar esta maravilla.

Las mejillas de Antonio se cubrieron de púrpura, y empezó à dar vueltas entre sus manos à su pobre gorro, que era siempre su cómplice cuando queria disfrazar su turbacion.

No sé que mal génio me inspiró en aquel instante, pues saqué del bolsillo una moneda de plata, y fui à ponerla en su mano callosa y ennegrecida.

Antonio nada dijo, pero una lágrima que asomó à sus párpados me reveló que acababa de herirle en su delicadeza. Entonces recogí apresuradamente la moneda y le estreché la mano con efusion.

—Perdone usted, le dije confusa, he vivido hasta ahora en la capital, y estoy habituada à sus costumbres. Allí se pagan los servicios, sin pensar si son producidos por el interés ó

por el sentimiento, ó por mejor decir, siempre es allí el primero el móvil de todas las acciones. ¿Me perdona usted?

El rostro de Antonio se dilató con una expresion de inmenso júbilo, fijó en mí sus miradas llenas de gratitud, y quiso balbucear un cumplido, pero solo acertó à decir:

—Ah! señorita! viva usted mil años!

—Bien, Enriqueta, muy bien, añadió la abuela dándome palmaditas en el hombro; es de almas nobles reconocer sus yerros y enmendarlos.

Este elogio, y la satisfaccion que brillaba en los ojos de Antonio me llenaron de contento, y corrí à besar una por una las hermosas flores, mis nuevas amigas, à las cuales prometia en el fondo de mi alma cuidados y caricias. Pero de repente una penosa reflexion vino à turbar mi alegría.

Bajé la cabeza, y me dirigí tristemente al sitio en donde me esperaba la abuela.

—¿Qué tienes? me preguntó esta sorprendida con mi extraño cambio. Y viendo que guardaba silencio, prosiguió con inefable dulzura. ¿No soy el médico de tu espíritu? ¿Cómo quieres que te explique el remedio si ignoro las vicisitudes de tu enfermedad?

—Ah! es que me ha tratado usted como una niña, murmuré en voz baja.

—Te trato como lo que eres, Enriqueta. Tan ridícula sería una jóven de veinte años que quisiese aparentar la austeridad y el desencanto de los sesenta, como la mujer de sesenta que corriese en pos de placeres fútiles y pueriles.

Tú has deseado una cosa justa y análoga à los gustos de tu edad, y me he apresurado à complacerte. ¡Ojalá que como esas flores hubiese podido proporcionarte todas las felicidades que yo ambiciono para tí!... Está tan en armonía la juventud del corazon con la juventud siempre rénaciente de la naturaleza! Se hermanan tan bien con un alma vírgen, los pájaros inocentes, las perfumadas florecillas!

Dichosos los que cifran sus goces en la naturaleza, y adoran al Creador, adorando las obras salidas de su mano! Una maceta de rosas en una ventana, un pájaro que canta den-

tro de una jaula, colgada en el portal de una casa, son indicios de que los que la habitan son de costumbres suaves y morigeradas.

Además, Dios es un buen padre, Enriqueta, es un buen padre que quiere que sus hijos se recreen con cosas sencillas y honestas; por esto ha llenado el cielo de soles y luceros, y la tierra de paisajes tan bellos y variados, para que todas estas magnificencias deleitasen nuestra vista; y si ha dado su sonoro bramido á los mares y á los vientos, su música á las aves y á la brisa, ha sido para que embelesasen tambien nuestros oídos! Lejos de ser un crimen buscar un solaz apacible, es servir y honrar á Dios, mostrarse contentos con el lote que nos ha dado en suerte, y agradecidos á sus inmensos beneficios. El que nos ha otorgado con mano pródiga tantas y tan variadas cosas para nuestro alimento material, no podía negarnos el alimento intelectual, que dilata el ánimo, abrumado por las contrariedades de la vida. Gozar con moderacion y hacer que gocen cuantos nos rodean, es uno de los deberes que tenemos que cumplir, y así como la abeja saca miel hasta de la planta mas humilde, debemos procurar nosotros sacar de todos los objetos de la creacion un bálsamo suave que nos sature el alma!

Por lo demás, no temas que el cultivo de las flores y el cuidado de tu cabrita te impidan dedicarte á los quehaceres domésticos, en los cuales reclamas juiciosamente tu parte. Un filósofo ha dicho: si quieres duplicar tu vida, levántate con el sol.

Mientras hablábamos así, llegamos al establo.

Este era un cuadrilátero inmenso, pero entonces contenia un número reducido de cabras y de ovejas, pues nuestra crítica posicion habia obligado á la abuela á desprenderse de las demás.

Cerca de la puerta habia una hermosa cabra blanca y negra, que estaba amamantando á dos chotitos. Yo puse junto á ellos mi recién nacida, y la inteligente madre, como si hubiese comprendido mi idea, se acercó á ella y la dió de mamar, sin cuidarse de los balidos

de sus hijuelos, que hacian desesperados esfuerzos para retenerla junto á sí.

Una visita importante me interrumpe, Julia mia. Nunca han de faltar negligentes que, no queriendo ocuparse en sus casas, vayan á robar un tiempo precioso, á las que por desdicha llaman sus amigas!

XI.

Mientras yo estaba embebida, contemplando el sencillo cuadro que ofrecia mi cabrita, su madre adoptiva y sus envidiosos hijuelos, la abuela se dirigió hácia el fondo del establo, en donde se hallaban Ruperta, robusta aldeana, de rostro franco y espresivo, Antolina y su marido Blas, al cual yo conocia, pero cuya voz tenia un éco dulce y agradable que prevenia á su favor.

Estos dos últimos se hallaban ocupados en ordeñar las ovejas, y vaciar la leche en dos grandes barreñones. El uno estaba ya lleno, y le faltaba muy poco al otro.

—¿Es esta, preguntó señalando al segundo, la recién ordeñada, y por consiguiente mas cara?

—Sí, respondió Blas.

—¿Cuántas azumbres hay?

—Diez de esta, quince de aquella.

La abuela se colocó sus antiparras, sacó un librito, y anotó con lapiz las cantidades citadas.

—Ruperta, dijo cuando hubo concluido, ahí tienes veinte y cinco azumbres, ó lo que es lo mismo, cien cuartillos, que á tres y á dos forman un total de siete reales, dos maravedis.

Los maravedis me hicieron sonreir, pero una mirada de la abuela detuvo la sonrisa en mis labios.

(Continuara)

Angela Grassi.

A LA LUNA.

Astro del amor hermoso
que vas por el firmamento,
detén tu curso un momento
que te quiero contemplar.

Lámpara que en el espacio
derramas tu lumbré pura,
escucha desde tu altura
mi lánguido suspirar.

Jamás mi pupila vió
tú fulgor, embebecida,
sin que el alma conmovida
sintiera dentro de mí.

¿Quién es, dime, astro hechicero,
el que suspenso te tiene?
¿Quién invisible sostiene
tú pálida luz ahí?

¿Quién ¡oh luna! al admirarte,
mientras caminas serena,
el alma no siente llena
de amor, de respeto y fé?

No es posible, no, que el hombre
sea incrédulo, sea impío...
ve de Dios el poderío,
blanca Luna, quien te vé!

Cuando la noche descende
con su prendido de estrellas,
pavorosas son sus huellas
y negras como el pesar.

Honda tristeza derrama,
y el pecho impaciente ansía
que renazca el nuevo día
sus sombras á disipar.

Pero si tú, desgarrando
de la noche el negro velo,
le muestras tranquilo el cielo
como la esperanza azul.

¡Con cuanto placer te mira
del firmamento señora,
y como la noche adora
envuelta en su leve tull!

Cuando tu disco aparece
rompiendo la densa bruma,
por nubes, que son la espuma
que el mar convierte en vapor.

Lo mismo alumbran tus rayos
la pobre cabaña honrada,
que la soberbia morada
donde habita el gran señor.

Y ya en el cristal del río,
ya en la arenosa llanura,
ya rompiendo la espesura
con tu leve claridad,

Te miro, cual madre tierna,
velando el sueño profundo
que duerme tranquilo el mundo
con su muda soledad.

Y al alzar á tí mi frente,
con hondo y dulce latido,
en mi pecho conmovido,
te saluda el corazón.

Y una voz de encantos llena
en alas del vago ambiente,
me responde dulcemente
con ecos de una oración.

Es de la Fé el suave acento
quien dentro del pecho grita,
la que las áuras agita,
la que aspiro en derredor.

Es la Fé la que me dice
que tu luz anacarada,
es la amorosa mirada
de nuestro sabio Hacedor.

S. A. de Dios.

PAULINA RUBENS.

(Segunda parte).

I.

LA VIUDA.

Madama Van-Eyckens se habia resignado, con la sonrisa en los labios, á la pobreza; pero la espantosa enfermedad de Jorge y su muerte mas espantosa todavia, agotó sus fuerzas y aniquiló su valor. Desde esta fatal calamidad, un abatimiento profundo se apoderó de ella de tal modo, que no se veia libre de él sino para caer en unos agudos dolores nerviosos, que turbaban su razon y la dejaban despues de la crisis, en un verdadero desorden moral. Demasiado débil para salir de su aposento y aun muchos dias para poder levantarse, Paulina se mantenía casi siempre en la cama, siendo preciso además que la rodeara una profunda obscuridad, porque en cuanto llegaba á sus ojos la luz del dia, como no estuviera muy atenuada, heria dolorosamente su cerebro y la causaba atroces convulsiones.

Lo mismo sucedia con cualquier ruido, con cualquier movimiento. Apenas podia Bella ocuparse de los cuidados domésticos mas indispensables sin causar á su señora agitaciones alarmantes; de modo que su pequeña habitacion habia perdido enteramente el aspecto risueño y aseado que ofrecia en otro tiempo. La miseria reinaba en ella con toda su deplorable energía. La limpieza, destello el más esquisito de la elegancia, habia desaparecido; ya no se veia allí aquel reflejo de armonía y de amor que poco antes brillaba con celestes rayos. Añádese á esto que los muebles rotos por Mr. Van-Eyckens, no habian sido sustituidos por otros, sino bien ó mal compuestos, sin cuidado ni tiempo para disimular sus roturas. Las dos vidrieras no tenian más que pedazos de cristales pegoteados con papeles, gracias al celo de Bella. Ninguna silla conservaba su primitiva forma y las colgaduras, llenas de costurones, no ofrecian gracia ninguna en sus pliegues. La péndola inmóvil habia cesado de marcar la hora, y el polvo por complemento, á pesar de la vigilancia y el sentimiento de la flamenca criada, se enseñoreaba de unos sitios, de los que tanto tiempo habia estado desterrado. De nada se ocu-

paba madama Van-Eyckens, todo lo que pasaba á su rededor la era indiferente y no podia ni aun tratar de dar alguna orden sin que sus esfuerzos fuese espiados por atroces dolores. Por consiguiente Bella era la que arreglaba toda la casa; en su afliccion y convenimiento íntimo de su incapacidad para subvenir á las exigencias difíciles de su posicion, recurrió á sus vecinas contándoles sus penas y pidiéndoles consejos. Respondieron aquellas á su invitacion con mil amores y con el génio invasor propio de comadres se mezclaron de rondon en los asuntos de madama Van-Eyckens, comentándolos entre sí y formando de ellos un negocio comun, que resonaba desde lo más alto hasta lo más bajo de la casa, y hallaba su eco entre los parroquianos de la frutera, del especiero y de la lechera. Aquella pobreza tan digna y tan noblemente sufrida hasta entonces, degeneró en una miseria que pioteaban aquellas gentes, queriendo cohonestar su curiosidad bajo el nombre de compasion. La pobre Bella á todos les ponía buena cara, y no ejecutaba la cosa más insignificante sino despues de oido el parecer del concilio. Llegó á veces á permitir que estos mosquitos fastidiosos penetraran hasta en la misma alcoba de su ama, á quien mortificaban ofreciéndola sus servicios, disertando sobre sus padecimientos y haciendo observaciones y correcciones á lo que habia prescrito el médico. Paulina abatida, sin valor y sin fuerzas, sufría en silencio su molesto y grosero interés, y ni aun manifestaba á Bella la impertinencia de estas visitas y lo mucho que la consumian y fatigaban.

El doctor Destrées visitaba con frecuencia á madama Van-Eyckens; y habia cuidado de colocar á Adriano en un colegio inmediato. Generalmente la comparaa ridícula de Bella se disolvía al punto que los pasos del doctor se oían por la escalera, porque anunciaban la llegada de un enemigo declarado de estas reuniones. Reñía á la flamenca, enviaba á los ociosos enhoramala y manifestaba el mayor interés por la enferma, á pesar de la poca esperanza que tenia de librar á Paulina de la enfermedad que la aquejaba. Nada puede la ciencia en las afecciones nerviosas, y solo atiende á los síntomas que amenazan peligro, sin cuidarse de los dolores que sufre el paciente. Mr. Destrées animaba á Paulina, prescribia medicamentos costosos de cuya eficacia sin embargo no esperaba ningun resultado, y se retiraba esperando su curacion ó de la casualidad, ó más bien del tiempo, que debilita las causas morales, por medio del olvido y la costumbre.

Los vecinos se dispersaban á la llegada del doctor; pero volvían á reunirse luego que este se retiraba, impacientes por saber lo que habia

dicho, lo que había mandado y las esperanzas que tenía. Bella refería prolijamente hasta los menores detalles, oía los comentarios que sucedían á su relación, seguía con la mayor credulidad los consejos que le daban, y modificaba á gusto de su auditorio las prescripciones del médico. Esta buena mujer desde que no era dirigida por su señora parecía á un excelente reloj entregado á los muchachos, que menean las manecillas á su antojo; nada hay en él de exactitud é induce á error á todos los que le consultan.

Con bastante frecuencia un viejo de pequeña estatura, llamado Mr. Mussault, á quien su fortuna daba gran importancia en la casa, que era suya, dejaba por ociosidad su segundo piso y acudía á tomar parte en las conversaciones que tenían lugar en el piso cuarto. Hablaba poco, aunque sus palabras eran escuchadas con la deferencia que causan diez mil libras de renta de un procurador en chinelas, en su auditorio de meseta de escalera. Con sus gafas sobre la nariz, la cabeza cubierta con un gorro bordado y las manos metidas en los bolsillos de atrás de su redingot, escuchaba en silencio las disertaciones de la asamblea. Era difícil conocer si este hombre gozaba en aquellas asquerosas reuniones el placer indiferente de un necio, ó de la burla fina de un hombre inteligente. Sea de esto lo que quiera, el resultado fue que concluyó por relacionarse con madama Van-Eyckens é introducirse cerca de ella más estrechamente que los demás. Pasaba horas enteras sentado á la cabecera de la cama de Paulina, sin abrir la boca más que para dejar oír de cuando en cuando algunas palabras insignificantes, tomaba con frecuencia un polvo, y se retiraba cuando llegaba la hora de comer.

El trato de este hombre, que era el más conforme con la educación de Paulina, llegó á ser casi necesario á la enferma en el estado de prostración y abandono en que se hallaba; se le figuraba hallarse menos triste cuando Mr. Mussault se sentaba á su lado refiriendo sus vulgares noticias del tiempo, de la lluvia y de la carestía del pan.

Un día al hacer *la visita á su vecina*, (según decía él) observó una agitación inusitada en el cuarto de Paulina. Estaba sentada con trabajo en su lecho, recorría con la vista el libro del gasto diario colocado sobre la cama, apretándose las sienes con las dos manos: Bella estaba inmóvil delante de su señora, en actitud de temor y arrepentimiento.

Quince días habían pasado en los que Bella no pudiendo sufragar los gastos, se había visto precisada á empeñar sus propios vestidos en el monte de Piedad; pero habiéndose concluido todos

sus recursos no tuvo otro remedio sino confesarle todo á su ama. Este golpe repentino y terrible sacó á Paulina de su apatía, y casi la hizo recobrar la salud. Al aspecto del hambre y de la miseria, su enfermedad desapareció; el dolor más grave eclipsa siempre á otro menor.

—¿Qué he de hacer? ¡Dios mío! ¿qué vá á ser de nosotros? exclamaba llena de angustia cuando Mr. Mussault entró.

Este comprendió al momento cual era el motivo de la agitación de Paulina. Su primera idea fué arrepentirse de haber entrado á tan mal tiempo; hizo un movimiento para salirse otra vez, pero un sentimiento generoso, bastante extraño en su corazón de comerciante, le hizo pasar y sentarse en su sitio acostumbrado. No pudo menos de enternecerse á la vista de la silenciosa desesperación de Bella, y del estado de madama Van-Eyckens. Apenas le quedaban á esta desgraciada algunos rasgos de su anterior belleza; debilitada por sus profundos padecimientos, pálida, flaca, el cabello en desorden, parecía una fantasma al verla en una habitación sombría, que no recibía más luz, sino un rayo débil del sol que penetraba por una claraboya.

—¡Nada, absolutamente, nada! ¡ningun recurso nos queda! continuaba Paulina sin advertir la presencia de un extraño.

Mr. Mussault hizo resonar una tocesita seca, para anunciar que se hallaba allí.

—No temáis caballero, le dijo ella con amargura, al momento vamos á desocupar el cuarto. Lo mismo es morir al instante que morir mañana.

—Calmáos, vecina, respondió Mr. Mussault embarazado; yo no vengo á agravar vuestra pena; todo lo contrario; habitad aquí todo el tiempo que queráis; soy bastante rico, á Dios gracias, para poder pasar sin un alquiler de 200 francos.

Paulina le alargó la mano.

—Perdonadme, le dijo; pero si supiérais cuánto sufro! ¡Dios mío! ¡qué felices son los muertos!

—Esas palabras no deben decirse, interrumpió Mr. Mussault con más emoción que la que quería manifestar. La desesperación no conduce á nada. Muchas veces me he visto yo también en situaciones tan apuradas como la vuestra y sin embargo vedme aquí feliz y en una posición tranquila y segura. Si queréis seguir mis consejos, me siento dispuesto á hacer por vos lo que no haría por nadie.

—Los seguiré, los seguiré sin vacilar.

—Pues bien; permitid que os hable con franqueza: es menester salir del anonadamiento en que os halláis desde la muerte de vuestro marido,

Para esto no se necesita más que energía; vos misma lo experimentais, puesto que la sensacion violenta que acabais de sufrir os ha sacado de vuestro letargo. Sois madre, teneis un hijo; pensad que este necesita de vos. Por consiguiente es necesario curarse pronto, y la desgracia segun habeis visto, lejos de impedir, ayuda vuestra curacion. Por lo tanto, necesitamos buscar un medio, una colocacion para subvenir á los gastos indispensables para la educacion de vuestro hijo. Aunque estuviérais bordando de dia y de noche, jamás podríais ganar lo bastante. Por consiguiente, ¡qué diablos! armaos de valor, por ahora os permitiré que no penseis sino en distraeros, pero despues podeis reflexionar lo que os voy á proponer:

Sois jóven; algunas semanas de salud bastarán para volver todo su brillo á vuestra belleza; habeis además recibido una educacion esmerada, que os pone en estado de cumplir fácilmente los deberes sencillísimos de la profesion á que os destino. Consentid, pues, en que os coloque como *dama de mostrador*, en un café del Palais Royal.

Madama Van-Eyckens, escuchaba á Mr. Mussault, con los ojos fijos en él y con la ansiedad de la incertidumbre. Cuando concluyó éste la frase, ella no pudo ocultar un gesto de denden y negacion.

—¡Oh! bien sé, que para una muger rica, hace muy poco, y que ocupaba un rango distinguido en la sociedad, bien sé que para una persona acostumbrada á una vida retirada y modesta, es un recurso penoso y estremo; pero no teneis mucho que elegir. Es preciso optar entre la miseria y la situacion en que esto os coloca. Un hijo mio es propietario del café en el que yo adquirí mi fortuna.

Una enfermedad grave obliga á su muger á dejar el mostrador, que hacia su felicidad y su orgullo. Ocupad vos su lugar. En ninguna parte sereis tratada con mas respeto y consideracion.

Mi hijo es un muchacho de buen génio, y que no dejará de recompensar los servicios que le prestéis, y así me parece que vuestro ajuste en su casa es un negocio excelente para las dos partes contratantes. El primer año recibireis mil francos de honorarios; los gastos de vuestros trages y tocador son por cuenta del establecimiento. Adios, adios, no quiero que me contesteis ahora ni una sola palabra. Reflexionadlo bien antes de reusar; mañana vendré á saber la respuesta.

Y se deslizó fuera del aposento, haciendo seña á Bella de que le siguiera.

—Tomad, dijo á la criada, he aquí cien francos para subvenir á las necesidades más urgentes de vuestra ama. Es un adelanto que le hago sobre su contrata.

Mientras que Mr. Mussault volvia á su habitacion contento é irritado á la vez consigo mismo, por el interés que habia manifestado á su vecina, esta considerando á sus solas la proposicion del viejo, no necesitó mucho tiempo para mirarla con disgusto y terror. Apesar de sus esfuerzos para juzgarla con menos aversion, sus principios de pudor y de modestia rechazaban la idea de convertirse en un verdadero objeto de exhibicion y de curiosidad pública. Esponerse en un mostrador á las miradas groseras de todos los descarados que llenan los cafés, sufrir sus chocarrias, esforzarse por captar su benevolencia, le parecia una especie de humillacion. ¡Qué! seria preciso engalanarse para desempeñar este oficio, sonreir como una actriz y encontrarse tal vez en presencia de los mismos que antes le conocieran en una posicion bien diferente? ¡oh! nunca, nunca, mas bien la muerte!

¿Pero y su hijo? ¡su hijo que no tiene otro apoyo, otra ténnura en el mundo mas que su madre! ¡su hijo á quien destina á la desgracia y miseria! ¡su hijo que se hallará arrojado á la vida, abandonado, perdido y sin que su educacion pueda servirle para hacer frente á la adversidad! ¿Que importa, ante tales deberes, qué importa el mundo y todos los vanos escrúpulos? ¿Será ella acaso menos pura ante Dios y su conciencia? Dudar solamente es una debilidad, una falta imperdonable. Debe sufrir valerosamente las pruebas que la Providencia le envia. Sí; todo lo sufrirá, á todo se resignará por su hijo. Abrazando á este adquirirá la necesaria energía; cuando le falte el valor, ella lo hallará en los brazos de su hijo.

Mientras estaba entregada á estas ideas, llegó el médico, y quedó sorprendido de la crisis acaecida en la enfermedad.

Paulina le contó todo; su posicion, sus apuros las ofertas de Mr. Mussault, y su resolucion de aceptarlas á pesar de su invencible repugnancia Mr. Destrées admiró á esta muger y la animó aprobando su determinacion.

(Continuará.)

E. B.

EL INVIERNO.

¿Por qué robas sus galas
al prado ameno,
al bosque su verdura,
su azul al cielo?
Por qué tus iras
dejan sin alimento
las avecillas?

¿Por qué, enemigo insano,
el campo envuelves
en inmenso sudario
de blanca nieve?
Por qué tus auras
llevan tristeza y luto
siempre en sus alas?

¿Qué te hicieron los prados,
qué los vergeles
para que así aleroso
les des la muerte?
Qué te hizo el cielo
para que así le robes
luz y reflejos?

Huye invierno malvado,
deja que vivan
prados, bosques y cielo,
luz y avecillas.
Deja la tierra,
invierno despiadado,
huye y no vuelvas.

Abelardo García Montalban.

CORRESPONDENCIA.

Alocen. Señora doña M. J. C., recibí los 12 rs., queda anotada su suscripción. Su señora tía restaba 4 rs. hasta fin de diciembre del 79.

Bujalance. Señor don J. L. N., con los 24 rs., que envía tiene abonado hasta fin de abril del 81.

Bañares. Señora doña M. C. de L., recibidos los 28 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Ariño. Señor don V. L., le remitimos las colecciones que pide de los años 76 y 77.

Campello. Señor don B. P., en nuestro poder las 12 pesetas, enviamos las colecciones del 76 y 77. Abonada la revista hasta fin de abril del 81.

Puebla de los infantes. Señora doña L. A., le dejamos abonado hasta fin de octubre del 80.

Id. Señora doña A. M., deja pagado hasta fin de octubre del 80.

Peñaranda. Señora doña N. de la T., con los 18 rs. que por usted nos ha enviado don E. A., deja abonado hasta fin de abril del 80.

Leon. Señora doña M. de D. y P. Le remitimos los números que pide.

Alcalá la Real. Señor don M. T.: en nuestro poder los 6 rs. Remitimos los números que pide y anotada la suscripción.

Baza. Señor don J. M. y A. A., recibí los 20 rs.

Campo. Señor don P. M., recibidos los 24 rs. deja abonado hasta fin de mayo del 80.

Muelas de los caballeros. Señor don F. P., recibidos los 24 rs., deja abonado hasta fin de abril del 80.

Torroz. Señora doña A. C. de la O., con los 20 rs. que ha remitido deja pagado hasta fin de febrero del 80. Le enviamos los números que le faltan.

El Tiemblo. Señor doña L. R., recibí los 20 rs., deja abonado hasta fin de junio del 80.

Id. Señor don E. C., se recibieron los 22 rs., deja abonado hasta fin de junio del 80.

Id. Señor don J. P., recibidos los 24 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80, pues su suscripción empezó en primero de mayo del 79.

Loja. Señor don C. E. de E., recibidos los 12 rs.

Cádiz. Señor don M. B., hecha la traslación.

Id. Señor don R. R. R., se recibieron las 8 pesetas que remite: deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

San Ildefonso. Señora de W., le remitimos los números que le faltan. El año sexto ha empezado en enero.

Enciso. Señor don C. V., deja pagado hasta fin de abril del 80.

Sevilla. Señora doña C. C., servida la suscripción, recibí los 48 rs., doy á V. las gracias por las frases que dedica á mi humilde revista.

Berja. Señor don J. M. V., recibí los 24 rs., abonando hasta fin de abril del 81.

Carballo. Señor don R. A. P. V., recibí los 28 rs., deja pagado hasta fin de mayo del 80. Los números que ha recibido corresponden á enero.

Villalon. Señora doña F. M., recibí los 12 rs., que envía, y deja abonado hasta fin de abril del 81.

Velez Benaudalla. Señora doña D. T. B., en nuestro poder los 12 rs., dejando abonado hasta fin de octubre del 80. Respecto á la poesia se contestará por el correo.

Zaragoza. Señora doña S. C., recibí los 24 rs., deja pagado hasta fin de febrero del 81.

La directora.

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia»